



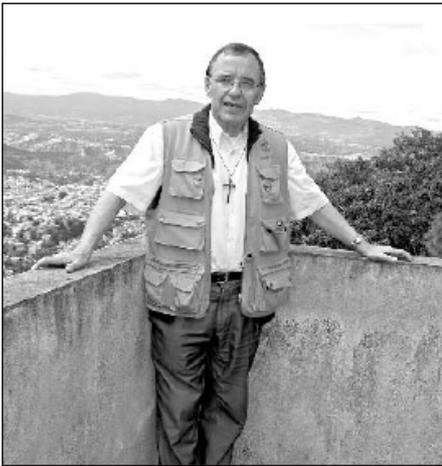
# SPORT TEAM JEYMA

## AMOR Y ENVÍO

### Confesiones desde la perplejidad

El Día del Misionero Diocesano, que celebraremos la semana próxima, me lleva a internarme dentro de mi propia experiencia de misión. Corta, pero intensa. Vivida en los márgenes, donde se hace difícil creer en el amor de Dios. No en abstracto. En concreto. El amor a los alcohólicos, a los drogatas, a “los sin nada”, a las prostitutas, a los violentos, a los jóvenes desesperanzados y casi “obligadamente” deteriorados en lo más hondo. En un mundo de miseria y de miserias, se hace difícil creer en el amor de Dios. Me quedo, sin embargo, **perplejo**. A mí se me hace difícil creer en el Dios amorosamente salvador. Su ausencia liberadora se torna silencio que pesa. Ese silencio del que dolorosamente “se quejaba” Benedicto XVI en Auschwitz. Un silencio pasado, que ha permanecido en la conciencia religiosa de todo creyente como pregunta angustiada. **El silencio de Dios** en los márgenes donde me muevo es un silencio presente. No lo conozco de oídas. Entra dentro de la experiencia cotidiana. Un “por qué” que aflora con frecuencia en una inquietud dolorosa: el sufrimiento infligido y el sufrimiento buscado. Las dos caras de una misma realidad que hacen la vida dolorosa, excesivamente dolorosa. Pero vuelvo a la **perplejidad**. Quienes sencillamente creen en medio de estas contradicciones sacan más la confianza que la desesperanza. Hay más agradecimientos que quejas. No hacen aflorar los “porqués”, les salen con más facilidad los “para qué”: qué es lo que Dios nos quiere decir en estas circunstancias concretas. Confieso que, a veces, esta confianza me parece un fideísmo que enerva. Se me antoja una especie de alienación que termina en conformismo. Me gustaría que la gente tuviera más “rebeldía” interior y que fuera capaz de “encararse” con el Dios que les dice amarlos cuando ellos permanecen en la miseria. La lectura del libro de Job de los días pasados me confirmaba en mi sentimiento interior inquieto. Pero, confieso también la claridad con que vi que el “silencio de Dios” en el libro de Job se torna en “silencio de Job” ante el misterio de Dios. Y, ahí estoy, alegre al lado de los sencillos de fe, confesando el amor de Dios en medio de contradicciones tan absurdas. **“El amor de Dios, a pesar de todo”**. Y, desde ahí, la unión del **amor y el envío**. El “tanto amó Dios... que envió...” se me hace confesión de presente: “tanto ama Dios..., que envía...”. Siempre me gustó y me ayudó en mi vida interior asumir como propia una

categoría eminentemente bíblica: **la mediación**. Lo que nunca me imaginé es que estaba llamada a jugar un papel tan importante en mi vida. Cuanto más desamor, cuantas más injusticias, cuanta más violencia, cuantos más empobrecidos, cuanta más miseria, más vivos siento tres verbos del Éxodo: “he visto..., me he fijado..., he bajado...” ¿Cuándo y cómo, Señor? En aquel tiempo, con la vocación de Moisés. En este tiempo, con la vocación de tanta gente que responde a tu llamada. Y entre ellos quiero contarme. Haremos verdad que sigues amando este mundo de dolor y sufrimiento, de miseria y empobrecimiento, de conflicto y de enemistas. Sigues amándolo, sin estar nunca pasivo: nuestros ojos son tus ojos; nuestra mirada es la tuya y en nuestra bajada te estás haciendo prójimo de todos los que lo necesitan... ¡qué grande panorama! ¡qué enorme responsabilidad! **Todos llamados a ser mediadores de tu amor.**



PEDRO JARAMILLO, Guatemala